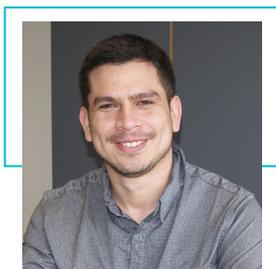


Aportes del concepto psicoanalítico de lo infantil a la comprensión de los procesos de adopción en niños

Contributions of the psychoanalytic concept of infantile to the understanding of adoption processes in children



Pablo-Andrés Ferrer-González

(1986, chileno, Universidad Austral de Chile, Chile)
pablo.ferrer@uach.cl

Resumen

El presente artículo recorre un proceso de “adopción conceptual” complejo en la historia del psicoanálisis como fuente de posibles conclusiones útiles para entender el proceso de adopción en niños. A diferencia de la mayoría de los conceptos psicoanalíticos, que han sido pensados e identificados con cierta intencionalidad, el concepto mencionado -el de lo infantil- emerge entre las diversas significaciones existentes de la sexualidad como un hallazgo poco conocido, proveniente de una lógica diversa a la adulta y que posee como una de sus principales características la imposibilidad de definirlo de forma cabal. Se trata de un concepto que opera con un funcionamiento ambiguo, sobredeterminado y a la vez caracterizado por divergencias, tensiones y disidencias, más que por organizaciones, acuerdos y generalizaciones. Por ende, su revisión, implica un esfuerzo intelectual adicional, al momento de incorporarlo a la lógica formal adulta. Ello puede ser un aporte capital al momento de intentar dar lugar a la comprensión de un proceso adoptivo desde la óptica del niño, pues al tratar de comprender lo infantil, los adultos están en igualdad de condiciones con el niño adoptado: son parte de un proceso que acontece determinado desde una externalidad y que los lleva a la necesidad de asimilar ese “algo” que proviene desde una lógica distinta a la propia como parte de su quehacer. Se propone de dicho ejercicio establecer algunas conclusiones útiles para comprender el proceso adoptivo en niños.

Palabras clave: adopción, infancia, lo infantil, psicoanálisis.

Recibido: 30-04-2020. **Aceptado:** 4-06-2020.

Abstract

This article covers a complex process of “conceptual adoption” in the history of psychoanalysis as a source of possible useful conclusions to understand the adoption process in children. Unlike most psychoanalytic concepts, which have been thought and identified with a certain intention, the mentioned concept - the infantile- emerges among the various existing meanings of sexuality, as a little-known finding, coming from a different logic to the adult and that has as one of its main characteristics, the impossibility of defining it fully. It is a concept that operates with an ambiguous operation, overdetermined and at the same time characterized by divergences, tensions and dissent, rather than by organizations, agreements and generalizations. Hence, it involves additional intellectual effort when it comes to incorporating it into formal adult logic. Since in general, when talking about this topic, most of the theorizations made try to take the place of the child and speak for him, but from the asymmetry of the place of the adult, he intends to intentionally assume a place in the similar discourse in conditions to which the child is in front of the adoption, that is to say in condition and with the need to assimilate something that comes from a logic different from his own, it will be possible to incorporate some useful conclusions to understand the adoption process, from the logic childish.

Key words: adoption, childhood, infantile, psychoanalysis.

Introducción

El concepto de adoptar remite a las formas del latín “*adoptio*” y “*adoptare*”. Ambas relacionadas con la recepción de un niño como “hijo” al interior de una familia. Por lo mismo, su definición corresponde a un lugar figurativo creado por el Derecho, con la finalidad de proteger a menores de edad desvalidos y contribuir al robustecimiento de la familia y la especie humana (Chávez, 2003).

Se trata entonces de una heterodesignación otorgada desde concepciones culturales propias del universo simbólico adulto hacia un colectivo de niños singularizable, caracterizado por ocupar un lugar de “hijo” al interior de una familia, a pesar de no necesariamente compartir una herencia biológica con quienes cumplen con la función de ser sus “padres” y que se configura como una construcción técnica del Derecho.

En ese sentido, el acto jurídico de adoptar inaugura una forma de designación de lugares: el de los “padres” y el de los “hijos” “adoptivos”, permitiendo a los primeros participar de la decisión de conformar una “familia”, pero asignando al niño un lugar de forma externa: sin considerar su participación en las elecciones fundamentales que caracterizan este proceso.

Más allá de las diversas razones que puedan conllevar a que dicho procedimiento deba ser concebido como una designación relativamente impuesta para el niño, lo cierto es que el acto de requerir de él, que funcione como “hijo” en ese núcleo familiar, implica una cuota de violencia simbólica. Podría distinguirse si se trata de una violencia necesaria para la conformación del yo¹ o bien de una violencia contra un yo conformado que resulta innecesaria², pero más allá de dicha problemática, lo cierto es que se trata de un lugar impuesto que requiere ser elaborado.

Esta es una de muchas representaciones impuestas hacia los niños: en la historia de la construcción de las significaciones de lo que implica ser niño, el lugar de “hijo adoptivo” no es el único impuesto desde la lógica adulta. Incluso la misma definición de lo que implica ser niño se encuentra configurada a partir de imperativos e ideales adultos que direccionan las posibilidades de existencia individual, social y cultural de los niños.

Por lo tanto, la pregunta por la adopción remite a la de imposi-

ción: los niños constantemente están sometidos a las imposiciones de la cultura y el entorno adulto, sobre su actuar, relacionarse y formas de ser y ello conlleva efectos, que -desde la posición adulta- no son del todo comprensibles. En ese sentido, qué le ocurre a un niño adoptado con el proceso de adopción, es una cuestión que difícilmente va a poder ser contestada por un adulto sin caer en simplificaciones, esquematismos empobrecedores y conclusiones taxativas: porque ello implica responder por el niño, obturando su saber al respecto.

Pero existe un determinado tópico en que el mundo del niño impuso una concepción al mundo adulto, y las implicancias teóricas de dicha incorporación, no han logrado asimilarse del todo. Allí el adulto se encuentra con una dificultad para hablar que es en algún sentido similar a la vivida por el hijo adoptivo: frente a un concepto, una construcción³ que no proviene desde el interior de su propia lógica, el adulto, al igual que el niño frente al adjetivo de “adoptivo”, se encuentra ante una heterodesignación. Esta heterodesignación proveniente del funcionamiento infantil permea hacia el funcionamiento adulto, a propósito de lo que implica la sexualidad y lo sexual.

En el siguiente artículo se discutirá sobre las posibilidades de que el concepto mencionado pueda ser adoptado a través del lenguaje adulto y cómo la observación de ese proceso de “adopción” puede aportar a la comprensión de lo que implica la adopción para un niño.

Lo infantil en psicoanálisis: un concepto proveniente de otra lógica

El concepto de lo infantil es tan fundamental y primigenio como el psicoanálisis mismo. Es posible captar referencias indirectas a esta acepción, presentes en Freud, en el “Proyecto de Psicología” de 1895 (Freud, 1992a): y una referencia muy directa a su definición y diferenciación del concepto de infancia que se elabora en “La interpretación de los sueños” de 1899 (Freud, 1992c):

La teoría de las psiconeurosis asevera con certeza excluyente que no pueden ser sino mociones de deseo sexuales procedentes de lo infantil las que experimentaron la represión (la mudanza del afecto) en los períodos de desarrollo de la infancia, y que en períodos posteriores del desarrollo son capaces de una

¹ Y por tanto “primaria” (Aulagnier,1993).

² Y por lo tanto “secundaria” (Aulagnier,1993).

³ Que en este caso no es técnica ni del Derecho sino sobre una sexualidad distinta a la del adulto.

renovación, ya sea a consecuencia de la constitución sexual que se configura desde la bisexualidad originaria, ya sea a consecuencia de influencias desfavorables sobre la vida sexual; y así ellas proporcionan las fuerzas pulsionantes de toda formación de síntoma psiconeurótica (Freud, 1992c, p. 595).

Según la cita, lo infantil sería una suerte de fuente de mociones pulsionales que tiene importancia dentro de la vida psíquica, a tal punto que incluso cobra relevancia en la formación de síntomas: en los síntomas puede retornar como motor, a propósito de una renovación dada por lo sexual (Freud, 1992c). En cambio, la infancia se caracteriza por su relación con los procesos de desarrollo y por lo mismo responde a criterios cronológicos, madurativos, secuenciales y elaborativos: se relaciona con los hitos del desarrollo psicosexual, sus etapas, logros y posibles fijaciones (Freud, 1992c).

Por lo tanto, uno es fuente y fundamento de aspectos centrales de la vida psíquica y el otro es un período de tiempo definido y propio del desarrollo del sujeto humano.

Esta primera precisión entrega una conceptualización muy inicial de lo infantil que explicita sucintamente su participación en los procesos de estructuración del aparato psíquico. En ese sentido, “Tres ensayos de Teoría sexual” de 1905 aporta algunas precisiones complementarias sobre lo infantil (Freud, 1992d).

En primer lugar, se refuerza la idea central de que lo infantil está ligado a lo sexual: se relaciona originariamente con las mociones sexuales y a la vez las origina. Por ello no es posible hablar de lo infantil, sin hacer alusión a lo sexual (Freud, 1992d). La siguiente cita profundiza al respecto:

La normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual. La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. Es como la perforación de un túnel desde sus dos extremos (Freud, 1992d, p. 189).

En segundo lugar, se destaca que lo sexual infantil, difiere de la sexualidad adulta, tanto en forma, como en objeto, como en meta: se trata de dos formas de aproximación a lo sexual, muy diferentes tanto en su expresión como en su punto de llegada, que son necesarias para la conformación estructural adulta.

En tercer lugar, en “Tres ensayos de teoría sexual”, se expande el alcance de lo infantil, no solo a la configuración del síntoma, sino que también se establece su relación con prácticamente todos los aspectos de la vida psíquica relacionados con la elección de objeto.

Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cualquier perturbación de ellos haga madurar las más serias consecuencias para la vida sexual adulta; ni siquiera los celos del amante carecen de esa raíz infantil o, al menos, de un refuerzo proveniente de lo infantil. Desavenencias entre los padres, su vida conyugal desdichada, condicionan la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la contracción de una neurosis por parte de los hijos. La inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante, pero no la única, de las sendas que, renovadas en la pubertad, marcan después el camino de la elección de objeto. Otras semillas del mismo origen permiten al hombre, apuntalándose siempre en su infancia, desarrollar más de una serie sexual y plasmar condiciones totalmente variadas para la elección de objeto (Freud, 1992d, p. 208).

Por tanto, en Freud este concepto alude a una instancia que involucra a la vida psíquica de forma amplia, horizontal y que es perenne: hilvanando así a niños y adultos. Estos elementos centrales serán los ejes de la definición que se hace sobre lo infantil, pero este concepto sufrirá una importante transformación de la mano de las siguientes generaciones de psicoanalistas. Para profundizar sobre ello, se revisará la primera complementación de sentido que sufre a partir de las teorizaciones de Sándor Ferenczi.

Freud, Ferenczi y lo infantil

A propósito de la etiología de las psiconeurosis, especialmente respecto de su posible origen en una situación de aproximación sexual temprana de tipo traumático, Freud en 1897 comienza a dudar. Duda de que las perversiones en los adultos se encuentren tan generalizadas, como para llevarlos a cometer incursiones sexuales en los niños de manera tan sistemática y masiva como sus pacientes dan testimonio. Con ello pone en entredicho que el recurrente relato de los neuróticos sobre una situación de seducción temprana vivida en la niñez tenga apoyo en la realidad factual la mayoría de las veces (Freud, 1992b).

Por ello, propone que en algunas situaciones dicho evento podría tratarse de una experiencia real y en otros de un evento fantaseado. De esa forma, pone el acento en la realidad psíquica como fundamento explicativo de las psiconeurosis y puede sortear la dificultad de si el trauma contado por los neuróticos a lo largo de su tratamiento es o no “auténtico”, ya que, vivido o fantaseado, el evento sexual temprano lograría de igual forma inscribirse en el aparato psíquico como un evento traumático y obtendría el valor de verdad (Freud, 1992b).

Esta duda de Freud abre un espacio de debate con uno de sus discípulos: respecto a este punto y recurriendo a su experiencia clínica, Sándor Ferenczi le replica al padre psicoanálisis “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” (1984) que el problema de la sensualidad adulta y la ternura infantil no logra resolverse del todo con el recurso de la realidad psíquica. Contrariando las apreciaciones freudianas sobre el origen fantasioso de las seducciones tempranas, Ferenczi plantea que existen efectivamente seducciones incestuosas –no fantaseadas- y que su mayor corroboración de ello son los pacientes adultos que confiesan sus culpas frente al abuso de niños (Ferenczi, 1984).

Para él, típicamente ocurre esta situación como resultado de que el adulto confunda los juegos de los niños con los deseos sexualmente maduros de un adulto, debido a sus propias predisposiciones psicopatológicas. Y plantea que si, en la fase de ternura - propia de la sexualidad infantil- se les suministra a los niños más amor o de forma diferente al que desean (amor apasionado, no tierno), se pueden ocasionar consecuencias complejas similares a la privación de amor. El resultado de la seducción es la confusión de lenguas provocada por la identificación ansiosa por parte del niño con aquél que lo ha agredido, adscribiendo a las culpas que éste porta como resultado de ejecutar una acción de incursión sexual abusiva (Ferenczi, 1984).

Dos hitos importantes se relevan en este trabajo con respecto a lo infantil. Uno en relación a su contenido y el segundo en relación a la presentación misma de este trabajo en la Sociedad Psicoanalítica. En términos de contenido, Ferenczi plantea en su ponencia que, en lo sexual, el niño y el adulto se pueden encontrar en un punto de inflexión en que dos lenguas para referirse a lo sexual se confunden en medios y fines y que ello es más notorio cuando la perversión adulta impone una situación sexual que el niño no puede elaborar (Ferenczi, 1984).

Aunque parece planteada la diferencia entre el erotismo del niño y del adulto (el primero estaría relacionado con mociones tiernas y el segundo con apasionadas) el mismo autor advierte que queda en “suspense el problema de la esencia misma de su diferencia” (Ferenczi, 1984, p. 149). Por lo tanto, no sería sencillo distinguir la vida psicosexual del infante y del adulto de manera tajante pero sí explicitar los puntos de confusión a causa de la patología y sus consecuencias en el psiquismo infantil (Ferenczi, 1984).

Por otra parte, y respecto a la forma de la presentación misma

del trabajo, Ferenczi recibe por parte de Freud la advertencia de no exponerlo. Al hacerlo, dicho acto de desobediencia provoca una distancia entre ambos que se materializa primeramente en el hecho que, en aquella ponencia, Freud esquivo el saludo de Ferenczi (Guyomard, 2010).

Por lo tanto, vale decir que hablar de lo infantil en términos diferentes a los trazados por Freud, le valió a Ferenczi el rechazo de su maestro y una animadversión que se mantuvo en el tiempo. Esta controversia no fue la única alrededor de este concepto. En el siguiente apartado se profundizará el conflicto surgido a propósito de lo planteado por Granoff a este respecto.

Granoff, Lacan y Guyomard en lo infantil

Wladimir Granoff, psicoanalista que introduce la obra de Ferenczi en Francia, en una presentación expuesta a la comunidad psicoanalítica francesa plantea a propósito, los postulados ferenczianos, algunas diferencias centrales con respecto a los planteamientos freudianos (Guyomard, 2010).

En ella comenta que, si para Freud la angustia es un elemento infaltable para poder entender la formación de síntoma, el trauma es la condición sin la cual no sería posible pensar en la existencia de la neurosis; el trauma sexual como tal. Este aparecería como resultado de una actividad erótica y estaría constituido por un allanamiento prematuro de sensaciones genitales. El adulto que comete la agresión, dirige deseos insatisfechos en el comercio con adultos hacia el niño. Una vez cometida la agresión, este reacciona en función de angustias y de la culpabilidad propias de la constitución adulta. Todo esto, en el tiempo en que el niño menos puede comprender y de allí derivaría la confusión (Granoff, 2001).

Así -dice Granoff- lo que trae el paciente a la sesión analítica, sería la realidad del maltrato del que fue objeto. Este habría sido fundante en su condición actual y explicaría las cosas de una forma diversa que si se considera a la escena de seducción relatada por este como componente formado única y exclusivamente en la realidad psíquica: si realmente ocurrió el abuso correría riesgo la pertinencia del análisis freudiano basado en la premisa de que se trata de un hecho fantaseado y también la enseñanza de Lacan de la época en que fue escrito el artículo de este autor (Granoff, 2001).

Si quien se queja en el diván respecto de lo acontecido lo hace sobre un evento efectivamente ocurrido o no, plantea la pregunta sobre quién es el que se lamenta en dicha situación: el niño abusado que aparece en el adulto que se encuentra recostado en el diván o el adulto abusador hablando sobre un evento de su infancia al cual le restan los signos de realidad objetiva. No es sencillo trazar la distancia que existe entre el trauma y sus efectos en la constitución psíquica y probablemente dicho ejercicio no se logre. No obstante, si se trata de un adulto que plantea su malestar, Lacan y Freud lo enviarían a una cura analítica para reconducir el evento (Granoff, 2001).

Pero si se trata de un niño sobre la efectiva realidad de lo que le ocurrió en el encuentro incestuoso con el adulto, sería insostenible considerar este tipo de cura sin pensar necesariamente en cuestionar los fundamentos de la clínica que se realiza tomando como base el que la escena de seducción relatada es un evento propio de la fantasía apoyado en la realidad psíquica; otra realidad del trauma emerge como posible origen: el de un evento real y si ese es el caso, el tratamiento también debería sufrir modificaciones (Granoff, 2001).

Este retorno de la temática de lo infantil provocó nuevamente un impasse entre analistas: al igual que Freud, Lacan esquivó el saludo de Granoff al final de la presentación, demostrando evidente molestia por el cuestionamiento manifiesto a su propia teoría dado por la lectura de este de “Confusión de lengua entre los adultos y el niño” de Ferenczi (Guyomard, 2010).

De todo lo antes mencionado deriva en una pregunta preponderante: ¿Por qué el concepto y su puesta en escena en el discurso psicoanalítico son tan complejos de plantear?

Porque lo infantil viene desde otra lógica y su irrupción no estaba planificada: Guyomard plantea que lo infantil aparece como una concepción estructurada a partir de un acontecimiento crucial: un punto de confusión que toma forma en las nociones de lo sexual y lo infantil (Guyomard, 2010). Como tal, dicho punto atraviesa problemáticas relacionadas con los “núcleos de transmisión y disidencia” (Guyomard, 2010, p. 187), núcleos que incluso han pasado de una generación de analistas a otra; núcleos “de refundación y desviación” (Guyomard, 2010, p. 187) de la experiencia analítica (Guyomard, 2010).

Ello se concibe, a propósito del hecho de que en más de un momento de la historia del psicoanálisis, la discusión sobre la

“sexualidad infantil” ha generado dificultades y tomas de posiciones que han llevado muchas veces “a no querer saber nada de ello”, principalmente como forma de rechazo al tema: en sí, la dificultad para elegir entre “la corriente tierna” o “la corriente sensual” al momento de hablar de lo sexual en el niño, más bien da cuenta de algo más allá de una toma de posiciones (Guyomard, 2010).

Esa “confusión de lenguas” que emerge como una inscripción, como memoria (traumática), no es una confusión sobre cómo plantear lo sexual, sino más bien sobre lo sexual infantil como una confusión: ése es su estatuto cuando irrumpe; “confusión de la presencia de otra lengua en la “lengua” habitual, sin que todavía sea posible desunir estas dos lenguas” (Guyomard, 2010, p. 192).

Así, lo infantil se presentaría en acontecimientos en que las lenguas se confunden y que poco tienen que ver con un solo período de tiempo de la vida de un sujeto. El niño en el adulto y el adulto en el niño son posibilidades ciertas e involucran dos posiciones en el lenguaje que no van a dejar de encontrarse, más allá de que el desarrollo del cuerpo se consume o no. En muchos momentos de la vida del sujeto humano ocurrirán emergencias desde lo infantil, pues no hay vejez o falta de madurez que impida que la memoria de ese encuentro traumático se reactualice en el aquí y ahora de una historia singular a pesar incluso del tiempo cronológico (Guyomard, 2010).

De lo anterior, se desprende una complejidad importante: la necesaria distinción entre adultos y niños no estaría en la experiencia vivida por ambos. Los dos serían parte de la misma confusión y el rechazo aparece como primera estrategia de afrontamiento frente a esta incómoda constatación: tal y como Freud y Lacan, lo demostraron en los ejemplos anteriores (Guyomard, 2010).

Guyomard, siguiendo a Ferenczi en ese sentido, plantea una manera de enfrentar al asunto que concede la posibilidad que, en la misma experiencia, en la misma cosa, el niño y el adulto se encuentren ante un punto de confusión que no es eludible. No obstante, argumenta que es posible instalar una diferencia en aquella experiencia, entre adultos y niños a partir de las palabras que se usan para describir el mismo evento. Serán distintas en ambos casos y por ende darían cuenta de distintos lugares en ese escenario particular, aunque esto no acaba con el problema de fondo relacionado con la confusión (Guyomard, 2010).

No se anula la complicación de que lo infantil sea una nominación de lo inconsciente que incorpora un plus de sentido relacionado con problematizar el encuentro entre la sexualidad adulta y la sexualidad infantil como punto inagotable de esfuerzo de trabajo y que está presente en cada caso en que hay un encuentro entre ambas lenguas, pero sí se establece una importante distinción a partir de la función de la palabra (Guyomard, 2010). La palabra como función, implica el compromiso del sujeto en el discurso (Lacan, 2002) y en este caso el discurso adulto y el infantil son distintos puntos de anclaje frente a lo sexual infantil.

Sobre las palabras y lo infantil

Sobre el sentido en que ambos puntos de sujeción difieren, podrían considerarse algunos postulados foucaultianos fundamentales como horizontes de lectura:

- a) Si lo infantil tiene una “historia” como concepto, esta es discontinua, tal y como lo ejemplifican los diversos impasses surgidos entre analistas, en diversas generaciones a propósito de su aproximación, aparición, discusión y confusión.
- b) Si es discontinua según la comprensión foucaultiana de la historia, se trataría de una crónica de afirmaciones y negaciones, de tensiones de poder que se entrecruzan en un momento dado o que divergen: no sería una sucesión de hechos encadenados, sino una recreación de lo discontinuo como sistema (Foucault, 1978). Al definir la historia del concepto de lo infantil como una “historia” foucaultiana se cumple a cabalidad con el requerimiento de surgir desde lo discontinuo, ya que su mera presencia en el discurso psicoanalítico, logra hacer emerger ciertas discontinuidades que son parte fundante y fundamental de su “historia” y en sí mismo es una discontinuidad en dicho discurso, incluso en términos históricos.
- c) La significación de lo infantil no logra ser adquirida del todo a partir de la formalización conceptual de su significado: no posee una definición discreta, sino que requiere de una revisión de sus condiciones de producción como complemento para situar su lugar en el discurso psicoanalítico.
- d) Si lo más expuesto dentro de esta concepción es justamente el hecho de que al tratar de definirla, se

hace presente una tensión central entre el discurso adulto y el infantil, se visibiliza entonces que no solo es discontinua, sino que está en tensión. Nace en la presencia de la tensión dada por dos “epistemes” distintas frente a la sexualidad infantil.

e) Si estas “epistemes” tienen un sentido similar al otorgado por Foucault (1978), vale decir son sistemas de interpretación que condicionan el cómo se entiende el mundo y en este caso la sexualidad infantil, existiría en cada una de ellas una relación ampliamente diferente entre las palabras y las cosas que nominan a lo sexual y lo infantil.

f) De esta manera si lo que diferencia al adulto y al niño frente a lo sexual infantil, es su relación con el campo de las palabras y las cosas, lo infantil sería un concepto que nace en la confusión dada por estas dos “epistemes”: no es un concepto del todo elaborado por el discurso adulto, sino que se impone a éste desde un lugar ajeno a su propia lógica que emerge entre los vacíos que deja lo sexual al remitir a lo infantil, en dicho discurso adulto.

Por lo tanto, la sexualidad infantil sería algo que el discurso adulto intenta “adoptar”, recepcionar en su interior, convertirlo en un elemento familiar que se muestra rebelde a dicha transformación, tendiendo a presentarse más bien como lo familiarmente ajeno.

Conclusiones-Discusión

Según lo expuesto, es posible constatar que cuando al universo simbólico adulto se le impone una lógica frente a lo sexual que no es del todo la propia; cuando aparece otra forma de denominación de lo sexual, diferente a la que le es propia al adulto, la respuesta preponderante es el rechazo, la represión del concepto y su negación, por parte de ese medio adulto.

No obstante, se espera que cuando al universo simbólico del niño se le impone la denominación de “hijo adoptivo” (construcción técnica que solo cobra sentido en el sistema de pensamiento adulto y que fuera de él mantiene un carácter arbitrario), esta pueda ser incorporada por él, incluso definiendo parámetros preestablecidos, como un proceso que conlleva cierta cotidianidad, que es normalizable y esquematizable, tal y como dan testimonio diversos “manuales” relacionados con el proceso de adopción.

Pero si la adopción se trata de un proceso igualmente definido entre dos “epistemes” (la del niño y del adulto), sería necesario incorporar en sus definiciones singulares, en cada caso de adopción, las condiciones de producción de sentido que hacen que el adjetivo de “adoptivo”, luego de la palabra “hijo”, cobre un lugar y significación en la vida de cada niño.

En ese sentido, sería necesario revisar las diversas discontinuidades en la historia de ese niño, que hacen posible y necesaria la adopción y también sería menester poder dar lugar a que este proceso no siempre sea vivido como algo familiar, tal y como les ocurre a los adultos con el concepto de lo infantil.

Por lo tanto al igual que en otros procesos centrales para la estructuración subjetiva, el poder escuchar caso a caso el cómo se posiciona tal asunto - en este caso de lo adoptivo- en la vida del niño, será la principal fuente de acompañamiento del mismo y el escuchar sin normalizar lo adoptivo en él, la estrategia que puede dar lugar a que el niño se apropie del espacio de significación de ese concepto, incluyendo los posibles impasses, confusiones, sentidos provisorios y estables, que ese apelativo puede cobrar.

Lo último que se requiere es hablar por el niño para dar sentido a lo adoptivo y lo primero que se necesita, es sin duda escuchar qué es lo que el niño tiene que decir al respecto.

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1993). La violencia de la interpretación. Buenos Aires: Amorrortu Editores (Original 1975).
- Chávez, M. (2003). Derecho de Familia y Relaciones Jurídicas Familiares, Ed. Porrúa, 7ª ed. México, pp. 231 y 233.
- Foucault, M. (1978). Las palabras y las cosas. Madrid: Siglo XXI (Original 1966).
- Ferenczi, S. (1984). Confusión de Lengua entre los adultos y el niño. En: Obras Completas Tomo IV (pp.139-149). Madrid: Editorial Espasa-Calpe S.A (Original 1933).
- Freud, S. (1992a). Proyecto de psicología. Vol. I (pp. 322-389). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Original 1895).
- Freud, S. (1992b). Fragmentos de la correspondencia con Fliess: Carta 69:21 de setiembre de 1897. Vol. I (pp. 301-302). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Original 1897).
- Freud, S. (1992c). La interpretación de los sueños. Vol. IV (pp. 1-343) y Vol. V (pp. 345-611). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Original 1899).

- Freud, S. (1992d). Tres Ensayos de Teoría Sexual. Vol. VII (pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Original 1905)
- Guyomard, P. (2010). Tan sólo las palabras diferencian. Ferenczi y Lacan, la confusión de lenguas. En Roberto Aceituno (Comp.), Espacios de tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización (pp.183-198). Santiago: Universidad de Chile.
- Granoff, W. (2001). Lacan, Ferenczi y Freud. Córdoba: EPELE.
- Lacan, J. (2002). Función y Campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En Jacques Lacan Escritos 1 (pp.231-309). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores (Original 1953).

Reflexiones de las editoras de la sección

Miriam Pardo: Con el paso de los siglos, las cosmovisiones culturales han ido modificando paulatinamente sus apreciaciones acerca de lo humano y, en especial, sobre aquellos sujetos que interpelan a grupos de dominio, cuya posición de amo considera lo diferente susceptible de ser sometido. Historias de esclavitud aún vigentes, menoscabo a la mujer a partir del supuesto de inferioridad, culturas aborígenes consideradas irrelevantes para los grupos de poder, diferencias de posiciones socioeconómicas que generan fisuras consistentes en las sociedades, en fin. Grupos subordinados a los discursos dominantes, entre los cuales no quedan exentos los niños, quienes han sido reivindicados como sujetos de derecho, aunque, paradójicamente, sea necesario defenderlos debido a la constante vulneración de esos mismos derechos ya reconocidos mundialmente.

Las temáticas que trata el artículo, permiten abrir la pregunta ¿a quién se adopta? El constructo “niño” refiere a un ser humano en desarrollo marcado por la inmadurez de su momento cronológico. Quienes lo adoptan, considerados aptos para hacerlo, tendrán que resignificar la existencia de ese niño, ahora hijo adoptivo o hijo. Se recomienda contar esta verdad a los hijos desde pequeños y existen diversas maneras de hacerlo; lo que a los padres les interesa es resguardar el amor incondicional que sienten por ellos fortaleciendo el vínculo.

Sin embargo, desde los aportes de Jacques Lacan, más allá de centrarnos en el binomio adulto-niño como categoría cronológica e imaginaria, es crucial apuntar al sujeto que no es cronológico al no tratarse de una entidad; siendo inconsciente, el sujeto marcará su posición deseante, por ejemplo, por medio de síntomas, cuya lectura abrirá diversas interrogantes: ¿quién es este niño para el adulto? ¿es un hijo? ¿es un niño a dominar? ¿es un hijo que viene a suplir las frustraciones de quienes lo adoptan? ¿es un hijo amado por sus padres desde antes de ser adoptado debido al deseo orientado hacia la paternidad?

Alejandra Ojeda: El artículo muestra de manera interesante la figura del niño en el proceso de adopción. Ante esto resurge la discusión en torno a si el niño debe saber su origen adoptante o no; categoría que según el autor corresponde sólo al mundo del adulto, aspecto fundamental para entender las relaciones del binomio padres-hijos. Aunado a esto, el binomio es marcado significativamente por la función de la palabra de cada uno en el contexto de ambos que, derivado de la madurez cognitiva de estos, corresponderá a una estructura y función distinta, por lo tanto, a resultados emotivos y sociales diferentes. Es así que el autor considera fundamental la inclusión cognitivo y emocional del niño en el proceso de adopción, para de esta manera ingresar a esa estructura y función de su palabra, y no partir de la del adulto que muy probablemente no corresponderá al del niño. Situación que pareciera lógica y natural, pero que en realidad es toda una aportación tanto para la psicología como para las disciplinas que intervienen en el proceso de adopción.